

Acaso un día u otro nos sorprenda la prensa con la noticia de que un arqueólogo teutón ha tropezado en una ignota cámara de las Pirámides o en algún recoveco de Pompeya con un extraño instrumento, el cual, una vez descifrado—cual lo hicieran los hermanos Champollion—el hierático papiro que lo acompaña, resulta ser un aparato fonográfico, ya conocido en la antigüedad, que repite a perfección idilios y poemas, episodios, diálogos, comedias y discursos....! Mas el cuitado sabio tudesco, cuyo nombre no ha podido quedar-se en la cabeza pero que es algo así como *Tschrm-dukztng*, recela que los hombres de la hora presente, cuyo oído se ha desafinado con tanta fricción de ruedas, tanto silbato de máquinas y rezongo de automóviles, más no sé qué estampidos y explosiones marca Krupp y mil otros gritos que lanza la materia atormentada por una civilización sin tregua, no estén adaptados ya para escuchar una lengua de semidioses.

Mejor es, ¡oh lengua ideal de los helenos!, que no despiertes de tu sueño secular.

FRANCISCO M. RENJIFO

Bogotá, julio de 1916.

Al rededor del Diccionario

I

Acabo de releer las importantes observaciones que sobre la necesidad del diccionario trae Toro y Gómez en su recomendable *Arte de Escribir*, y una vez por todas he hallado justo todo encarecimiento para conservar limpio nuestro noble idioma, al que ninguno de los modernos supera en armonía y majestad; en concisión y energía sólo el latín, en sonoridad el griego.

«La lectura es, dice el mismo Toro y Gómez, como un Archivo Histórico que fecunda nuestro entendimiento y lo

hace producir frutos sazonados;» y nada es tan indispensable para leer en conciencia como conocer el significado exacto de las palabras, pues de lo contrario, tanto nos daría como recorrer las páginas de un libro en árabe, o de uno en decadente o culterano, que a fe mía da lo mismo, porque no he entendido mejor las *Soledades* de Góngora o las poesías de Mallarmé que los caracteres enrevesados de un periódico chino venido há poco a mis manos. La palabra es el instrumento de la sociabilidad humana y así como nos parecería ridículo un artista cualquiera que intentara realizar obra perfecta sin conocer el instrumento que maneja, así mismo es risible la petulancia de quienes se creen señores del idioma porque prodigan términos retumbantes cuyo verdadero significado desconocen.»

Pero no quiere esto decir que se tenga por oráculo la voz del diccionario y debe evitarse la manía desesperante de algunos jovencitos que se lo aprenden de memoria sólo para hacerse ininteligibles por medio de voces exóticas que, en la conversación familiar, producen el efecto de lo traído por los cabellos.

Hay que acatar el tribunal supremo que «limpia, fija y da esplendor» al idioma, como lo dice su lema, pero con beneficio de inventario, pues si a nadie se oculta que la *Gramática de la Academia* es inadecuada para el fin que se propuso, no será raro que lo mismo suceda con el diccionario, del cual decía Larra que «todos lo debemos respetar cuando acierta, es decir, que tiene la misma autoridad de todo el que tiene razón, cuando él la tiene.»

Nada hay tan estéril como la crítica de microscopio, inspirada por el prurito de parecer lince a individuos de estrecha visión, incapaces de abarcar un concepto trascendental: no envidio los lentes ahumados del rabioso Valbuena y creo que su *Fe de erratas al Diccionario de la Academia* es un derrame de bilis; sin

embargo pienso fundadas en alguna justicia sus censuras a malaventuradas definiciones académicas.

«En castellano, decía un insigne crítico, no se han compilado léxicos de los grandes autores, ni siquiera de Cervantes, y la autoridad oficial y suprema es un diccionario en que faltan muchas voces viejas y nuevas, en que las definiciones son defectuosísimas y que carece de ejemplos.»

El cuadro de las incorrecciones se agranda, como es natural, en los diccionarios enciclopédicos, cuyo peligro es grande para la juventud que se acostumbra a estar satisfecha con ciencia tan rudimentaria y en ocasiones absurda.

El colosal ensayo de la *Enciclopedia Espasa* en su cuaderno sobre Colombia, entre datos que revelan la mano de un erudito deja asomar la del sectario que menciona entre nuestros hombres ilustres a aprendices de tales en la escuela de la difamación, en tanto que aplica la agresiva *conspiración del silencio* contra nombres cuya notoriedad es eminente en las ciencias, en las letras o en la política grande.

Diccionarios españoles hay en que se insulta desvergonzadamente a nuestros libertadores. En la famosa *Gaceta de la Nueva Granada* he hallado una recomendación de la Enciclopedia Británica, obra notable por más de un concepto, porque al hablar de las desavenencias entre el Libertador y el Hombre de las leyes, concede a éste la razón y a aquél llama con los epítetos de dictador y tirano que le acomodaron los de la *nefanda nox septembrina*.

La lujosa, aunque pésima, Enciclopedia Nelson dice que Panamá fue vendida por Colombia en una infeliz suma de libras esterlinas. *Risum teneatis?*

Jorge Isaacs y *Emiro Kastos* acabaron sus vidas en Ibagué, seguro es que en íntima hermandad espiritual: Isaacs, como Cide Hamete, había colgado tan alto

su peñola de novelista, que a penas los ingenios de Rendón, Velásquez o Carrasquilla podrán alcanzarla; Juan de Dios Restrepo, en cambio, no desdeñaba colocar en la misma panoplia las armas de comerciante acaudalado y de primer costumbrista antioqueño y de tarde en tarde echaba a volar algo con su conocido nombre de guerra, que también lo fue de un escritor venezolano cuyo nombre no recuerdo. Esa circunstancia ha hecho decir al mal avisado González de la Rosa que Isaacs escribió en sus últimos años con el seudónimo de *Emiro Kastos*. Y esto lo he oído repetir por jóvenes que se dicen muy versados en achaques de literatura, eruditos en.... diccionario.

No hace mucho me preguntaba alguien por un buen diccionario de etimologías y, sin intención de decirle una verdad como un templo, le contesté que no había ninguno mejor que el conocimiento del griego y del latín, lenguas de las cuales es la nuestra herencia sagrada: con ligeros rudimentos del habla helénica se habría ahorrado el tál la erudición extravagante de un señor E. de la Barra, formidable etimologista. Conociendo algo de esas lenguas madres podrá apreciarse, doy por caso, la sabia formación de las palabras nuevas que emplea Guillermo Valencia, consumado en humanidades, y se comprenderán los absurdos de ciertos imitadores ignorantes que sin iguales elementos se lanzan por la vía del neologismo y sólo llegan al fin de la corrupción del idioma.

En ningún diccionario está la palabra *mundial* que usó por vez primera Rubén Darío e inmortalizó en una gallardísima revista; pero esta palabra parece ajustada en su formación a toda regla y medida y me parece que el uso ha sido discreto al adoptarla, tan discreto como mi amigo Lázaro Gómez que para todo la menea; también el diccionario la adoptará, pues razón tendría

el señor Caro para decir que «las palabras hacen el diccionario, no el diccionario las palabras.»

Creo importantísima y de necesaria aplicación entre nosotros la idea del periódico de los Estados Unidos que propuso el establecimiento de clases de diccionario en las escuelas, a fin de enseñar a los jóvenes discreción en su uso y horror a su abuso, de suerte que no manejen a tontas el léxico ni menos que se acostumbren a estar satisfechos con la embrionaria ciencia que el diccionario les proporciona, sino que tomen aquel rudimento como base de concienzudo estudio que los lleve al pleno dominio de la materia. A los maestros toca realizar este progreso, *motu proprio*, allí donde la política no deja tiempo a los de arriba para iniciar nada bueno.

II

Hablaba en el artículo anterior de los errores a que da margen la fe en ciertos diccionarios, errores que vienen a constituir la única *ciencia* de algunos jóvenes que no tienen empacho en decir que Nariño murió en Cádiz en 1822, porque así lo han visto en Larousse que con todo y disparatar por el estilo tiene, para los que toman el rábano por las hojas, la autoridad de un pie de imprenta en París y en el año de 1914. Y aquí del desdén con que se ha tratado la Historia Patria en nuestras escuelas y colegios, pues por más de medio siglo de vida independiente fue casi en absoluto excluida, y después se confió su enseñanza a sectarios que volvieron a la que debe ser espejo de la verdad, tribuna de agrias recriminaciones políticas. La historia, tal cual es, sin recriminaciones que requieren un análisis superior a las débiles inteligencias infantiles, debe enseñarse en las escuelas a todas horas, así como la religión, de suerte que todo esté animado de Dios y de la Patria en el sagrado recinto en que se forma la República futura.

Concluía anotando la necesidad que hay de que los padres en la casa y el maestro en la escuela enseñen a los niños el uso discreto del diccionario; pero ya que esto no sea posible y hacerles aprender un montón de palabras que necesariamente no han de necesitar en la vida es absurdo, creo que así como se dan *lecciones de cosas*, y no a una hora determinada, sino cuando y en donde la ocasión se presente, debe enseñarse a los niños los nombres precisos de los objetos que los rodean, pues ningún esfuerzo debemos ahorrar para hacer puro el lenguaje y para justificar la fama que ya va teniendo nuestra patria de ser el país en donde más correctamente se habla el castellano. «Quien no ama su lengua no ama su patria,» ha escrito el P. Mir y Noguera.

Acabo de tropezar con unas notables observaciones del Hermano Luis Gonzaga (*Pacífico Coral*), gloria de su orden y de Colombia, por desgracia muerto hace algunos meses cuando de su consagración y talento esperaban todavía muy maduros frutos la historia y las letras nacionales. «Es preciso, dice, estudiar el diccionario, leer cada día algunas páginas o siquiera consultarlo a menudo: preguntad a los niños cómo se llama el juego que consiste en saltar una cuerda que, movida circularmente, pasa por debajo de los pies y por encima de la cabeza, y no sabrán que se llama *comba*. Estarán haciendo bailar un trompo y si les preguntáis cómo se llama el cordel con qué lo ejecutan, seguramente ignoran que se llama *zumbel*.»—Un antioqueño dirá *guaral* incorrectamente, aunque algunos diccionarios con la petulancia de ser *los más completos* consignan cuantas voces hallan aunque bárbaras o de uso arbitrario, sin tener en cuenta que don Rufino J. Cuervo anotó ya que «es necesario distinguir entre el uso que hace ley y el abuso que merece estirparse»—«Decid a un zapatero, continúa el Hermano Luis, que

os venda unas *majuelas* y no os entenderá porque no sabe que así se llaman las correas de atar los zapatos. Preguntad en un almacén por unos *cenojiles*: el tendero, que no sabe que así se llaman las ligas para atar las medias, se quedará viendo visiones. Todos sabemos que la cerveza hace espuma, pero muchos ignoran que la espuma de la cerveza se llama *jiste*.»

El maestro debe conocer con alguna extensión el diccionario, «representante más o menos exacto del uso, el cual es desde tiempo atrás reconocido como árbitro, juez y norma del lenguaje.» «En punto de diccionarios, apunta el señor Cuervo, la experiencia nos ha probado que, ya que no tenemos en nuestra lengua uno que pueda compararse con los excelentes de que se glorían otras naciones y aun comarcas europeas, es el de la Academia Española el que reúne mejores condiciones. . . Cuerpos como la Academia producen sus obras valiéndose de comisiones; no siempre figuran en éstas los más competentes y los trabajos que presentan los mismos tampoco son siempre examinados despacio por la corporación entera, antes muchas veces son aprobados ligeramente por aclamación; de manera que todas las decisiones no representan la suma de saber de todos los académicos. Sólo así puede explicarse que casi en cada edición de la Gramática y del Diccionario aparezcan cosas notoriamente erróneas que después se corrigen, a lo que es de suponer, con harto sonrojo. Hay en el método de clasificación empleado por el diccionario un defecto que causa grandes tropiezos a los investigadores y es que el modo de condenar consiste en suprimir; de aquí resulta que una voz que es hoy corriente y descansa en posesión de su legitimidad, desaparece mañana del diccionario (lo que es para muchos, como si dijéramos, dejar de ser castellana), porque así le pareció a la comisión, y queda condenada con más rigor que otras, acaso dudosas o que, usadas en los tiempos pasados, a penas viven en los libros.»

Mucho gozarán los niños si al placer del juego se añade el de conocer el nombre apropiado de su entretenimiento, y este será el medio más eficaz de que puede usar el maestro para insensiblemente introducir a sus discípulos en el conocimiento de voces injustamente olvidadas y sustituidas por otras bárbaras o por provincialismos, que no tienen derecho a la existencia. Y lo que de los objetos de diversión se dice, puede afirmarse con igual motivo de los que son elementos de estudio: usan, por ejemplo, los escolares para escribir en pizarras de piedra una barrita de lo mismo que por confusión llaman *jis* en Cundinamarca, pero cuyo verdadero nombre es *pizarrin*. Juegan los muchachos *boliche*, pero en Cundinamarca y en el Tolima lo llaman *coca*, *perinola*, en otras partes, aunque esta palabra designa un objeto distinto, y en algunas poblaciones de Antioquia y en otras partes de América, *balero*, que en realidad es el molde en que se funden las balas. Lllaman *mi-lete*, que en ningún sentido es palabra castellana, a la *cachada*, y *herrón* llaman el hierro o punta del trompo, cuando lo que esta palabra significa es una rodaja con un agujero en el centro que de lejos se arroja para meterla en un clavo que se hinca en la tierra, juego en realidad más provechoso que el maldito de la llamada *cauchera* o *cuca*, género de honda que en realidad no tiene nombre específico, pues nunca imaginaron los sabios que entre nosotros habría salvajes capaces de gozar con la persecución de animalitos que son la alegría de la naturaleza. No sé por qué motivo llaman *infierno* o *golosa* a un juego cuyo verdadero nombre es *coxcojilla*. Está muy de moda un juego que, aunque de origen italiano, debe su popularidad a los ingleses, y es de excelentes resultados para la educación física, siempre que se proscriban de él las brutalidades; sería de desear que se adoptaran los términos castellanos correspondientes a los ingleses de este juego, como *bola-pie*

en vez de *foot-ball*, *ángulo* o *esquina* por *corner*, *fuera* por *el flanco* o *flanco exterior* por *outside*, *metá* u *objetivo* por *goal*, *partida* o *desafío* que no *match*, y así por el estilo, aunque me han observado muy juiciosamente que entonces no lo jugarían, porque su principal atractivo para algunos está en ser inglés. Bastantes anglicismos tenemos ya con *meeting*, *trust*, *lunch*, *tópico*, cuando se usa como equivalente de tema, *sport*, *reporter*, *interview*, *tiquete* y también el que por una rara anomalía sólo usan en Antioquia los viejos: *lucifero* en vez de fósforo, pajuela o cerilla, que don Rufino Cuervo señala, aunque bien puede ser que esta palabra nada tenga que ver con el *lucifer* inglés sino con el *lucifer* latino, compuesto de *lux* y *fero*, que lleva la luz, que la da, luciente. Hay sin embargo palabras que en castellano no pueden ser traducidas sino por un largo rodeo, como *linchar*, *boicoteo* etc. y en tal caso es preferible conservar las extranjeras; lo mismo que pasa en otros idiomas con relación al nuestro, pues, por ejemplo, los franceses no han encontrado traducción exacta y expresiva de términos que, por desgracia, son muy de españoles y americanos, como *guerrillas*, *pronunciamento*. Y ya que de juegos he hablado y se presentó el *sport* inglés y el *sportivo*, hibridación estúpida, será oportuno anotar que no está bien pedir limosna de una palabra a otra lengua cuando en castellano tenemos y usaron los clásicos con elegancia palabra tan correcta como *deporte*.

Pero aquí también es preciso hacer notar que no toda expresión castellana, por el hecho de tener igual formación en otra lengua, es bárbara, como parece que lo imagina Baralt en su precioso *Diccionario de galicismos*; así pues el *detentar* que algunos señalan como galicado no es tal, por más que en francés lo hallemos, pues tanto en esa lengua como en la nuestra corresponde al latino *detentare* (retener injustamente); la lo-

cución adverbial *al contrario* que Montalvo señala como galicismo, por ser exactamente igual a la francesa *au contraire*, se halla en los clásicos de nuestra lengua y parece traducción tan correcta de la latina *e* o *ex contrario* como lo sería *por el contrario*; *glabrare* es verbo latino que significa cortar el pelo, rapar etc.; de ahí han tomado los franceses el adjetivo *glabre* (imberbe, lampiño) ¿*glabro* será galicismo como cree Toro y Gilbert, o será una palabra culta de elegante introducción entre nosotros? Me inclino a pensar lo último. Por supuesto que ningún cuidado será mucho para expurgar nuestro idioma de galicismos y desechar tantos términos que sobran como *avalancha*, *debut*, *apartamento* (habitación), *finanzas*, *condolencia*, *enrolar* (alistarse, sentar plaza, *liana* (bejuco), *panfleto* (libelo o folleto), *premunirse* (precaverse), *rango* (clase o categoría), *revancha*, *peluche* (felpa o veludillo) *apercibir* por notar, *traza* por huella, etc., para citar los de uso más constante solamente, algunos de los cuales los ha tenido que acoger la Academia, mal de su grado.

Hay que tener en cuenta, además, que no todas las palabras que entre nosotros se tienen por tomadas del francés lo son en realidad, pues al contrario fue el francés el que las tomó de nuestra lengua entre las trescientas y tantas palabras que de ella tiene. La Academia francesa dice que la voz *laquais* viene del español *lacayo*, mientras que la Española decía que *lacayo* viene del francés. La misma Academia española dice que *gordo* viene del latín *gurdus*, mientras el gramático latino Laberio daba como hispanismo esta voz. (Nota de Toro y Gómez a la Historia de la literatura francesa de Leo Claretie).

Todo esto lo debe hacer notar el maestro a sus discípulos y muchas cosas más que le indiquen las circunstancias; pero no es mi intención hacer un curso de diccionario ni menos de correcciones de lenguaje,

que para eso ahí tenemos las monumentales *Apuntaciones críticas*, sino ir consignando algunas observaciones que me sugiera el constante trajín con los libros y el deseo que me anima de que la instrucción pública sea entre nosotros lo que debe ser: preparación para la vida. Y como nada es más importante en el curso de los años que saber expresar con propiedad nuestros pensamientos, nada es más importante tampoco como materia de la enseñanza primaria que el arte del bien decir.

III

Decía también en mi primer artículo que el conocimiento de las lenguas madres del castellano es indispensable para la formación de las palabras nuevas que se deseen emplear, en fuerza de la necesidad, como cuando se nombran objetos de reciente invención o en beneficio de la elegancia, como lo hacen algunos poetas y escritores. «Quien quiera estudiar bien el castellano, decía el señor Caro, debe empezar por el principio que es el latín.»

Es claro que hay muchos neologismos motivados por razón de necesidad, como sucede con los nuevos descubrimientos, o por conveniencia, como cuando D. Quijote aconsejó a Sancho que no usara el torpe *regoldar* sino el latino *eructar*. «El sabio neologismo, dice Monseñor Carrasquilla, es riqueza del idioma, sangre joven que le renueva el gastado organismo, condición de vida y adelanto.» No adoptarlo es dejar la lengua un grado abajo en el termómetro de la civilización. Y hé aquí dos que habrían sido inconcebibles novedades hace poco más de dos siglos, cuando ni Celsio, Fahrenheit ni Reamur habían inventado su famoso aparato que llamaron termómetro, con voz de pura estirpe helénica, y la que hoy es figura trivial a fuerza de manoseada habría parecido solemne extravagancia.

No es posible, pues, dar una extensión absoluta a las palabras de Ricardo León, príncipe de la novela española contemporánea, «uno de los pocos que en Castilla escriben todavía en castellano,» como él mismo lo dijo de Gabriel y Galán, en su discurso sobre «la lengua clásica y el espíritu moderno» con que se presentó en la Academia, pues si es cierto que en el lenguaje de los clásicos se halla el más rico caudal de voces que es discreto pedir, no podemos sostener el absurdo de que esos maestros se hubieran adelantado a dar los nombres exactos de tantas cosas modernas de que no tuvieron idea, a no ser por las obras de Rogerio Bacón que ya en el siglo XIII describe sin nombrarlos los barcos de vapor, los ferrocarriles y los aparatos de navegación aérea. El mismo maestro León que con el aplauso sabe despertar el cariño de sus lectores, pues como Pereda hace sentir y amar cuanto siente y ama, usa en sus novelas muchos términos que el adelanto de las ciencias ha hecho necesarios y que no usaron ni pudieron usar los escritores de la edad de oro. Y eso que la ciencia española tuvo en los siglos XVI y XVII cultivadores insignes, cuyas revelaciones se han apropiado individuos extranjeros: El famoso médico protestante Miguel Servet descubrió la circulación de la sangre, y sin embargo no faltan aun hoy en día eruditos de diccionario que asignan este descubrimiento al inglés Harvey que vino después, porque así lo dicen Larousse y Calleja, sin que por eso deje Toro y Gómez de anotar en su diccionario que el médico inglés hizo ese descubrimiento al propio tiempo que el español, siendo así que el primero nació 25 años después de que Calvino hizo quemar vivo al segundo en Ginebra (1553); Luis Vives es uno de los padres de la filosofía experimental y con todo será rara la Historia de la filosofía que le asigne el lugar que le corresponde; en Gómez Pereira se halla lo fundamental

de la filosofía de Descartes y entre otras cosas su famoso entimema; el derecho internacional moderno tiene su origen en las obras de los teólogos españoles. Lo que sí es razonable es declarar guerra a una invasión de términos extranjeros que no son ni más correctos ni más expresivos y vigorosos que los que en castellano han sido consagrados por el ejemplo de maestros eximios.

Lo único que se pide es que los términos nuevos, necesarios o convenientes, sean sabiamente derivados y acomodados a la índole de nuestro idioma y no nos resulte por ahí un *automóvil* híbrido, que sólo en fuerza de la rapidez con que se ha entrado por los dominios del uso es indispensable adoptar. Por ahí anda también *sociología*, que ya ha sido adoptada por la Academia, aunque a regañadientes por lo que se me alcanza, pues es palabra mal derivada del latín y del griego para designar la ciencia que trata del origen, desarrollo y estabilidad de las agrupaciones sociales, ciencia que en el día ha tomado mucho incremento, no obstante su ineficacia en la práctica, como lo probó ya en su tiempo el sabio francés que pocas semanas antes de la guerra de 1870, publicó un estudio, fundado en, al parecer, ineludibles leyes sociológicas, para probar que, conforme a ellas, la paz estaba definitivamente asegurada en Europa, como si se pudiera reducir la suerte de los pueblos a una fórmula abstracta y fuera posible la paz en el mundo cuando la caridad ha huido al cielo o se refugia en contadas naciones que todavía viven según el espíritu. También antes de la actual guerra hubo sociólogos que afirmaran la seguridad de una paz inalterable, cuando las clases proletarias se agitaban hambrientas y sin trabajo, cuando la tan decantada filantropía de los impíos no alcanzaba siquiera a remedar la caridad de los católicos perse-

guidos, cuando la reacción espiritualista a penas tenía voces aisladas que se perdían en la noche del vicio, cuando era preciso que Dios se manifestara como en el diluvio, en Pentápolis, en la invasión de los bárbaros o en la revolución, para volver la luz o hundir en el abismo a los pueblos que viven según la carne.

Todo lo dicho nada quiere decir en orden a que en la etimología hayamos de buscar la razón de ser de todas las palabras, pues muchos objetos han recibido los nombres que hoy tienen por capricho que se escapa a los lingüistas, por engaño de quienes se los dieron o por antífrasis y en tal caso es el uso la razón suprema, porque es la única: para los antiguos, por los vasos de circulación de la sangre, sólo corría aire, de ahí que los hubieran llamado *arterias* y que ese nombre sea el que todavía se usa, y se usará siempre. Primero que en ninguna otra substancia se observó en el ámbar (*elektron*) ese fluido particular, cuya esencia es todavía un misterio, y por eso se llamó *electricidad*, nombre que conserva aunque ya no se reconoce exclusiva importancia al ámbar en su desarrollo. Según teoría de antiguos fisiólogos, el cuerpo humano está compuesto de cuatro humores: la sangre, la flema, la bilis y el fluido nervioso; y creían que el predominio de uno de estos humores determinaba la diversidad de aptitudes o modalidades del carácter que todavía llamamos temperamentos *nervioso*, *sanguíneo*, *flemático* y *bilioso*, no obstante que el fundamento de estas denominaciones ha sido desmotivado. Creían los navegantes españoles que haciendo rumbo al Occidente hallarían por camino más corto las tierras de la India y por tales tomaron las de América: de ahí que hubieran llamado *indios* a los habitantes de este continente, y aunque el error ya no existe su efecto perdura. Entre otras sabias observaciones de mi eminente profesor D. Antonio Gómez Restrepo, me ha hecho notar que el verdadero sentido

de la palabra *estética* es el que le da Balmes en su *Filosofía Elemental*, pues aplicada para designar la ciencia de lo bello supone una concepción materialista de ese concepto que, aunque impenetrable en su esencia, brilla por su idealidad. Con todo, ese ha sido el término empleado por los más espiritualistas de los estetas y ha llegado, por así decirlo, a oscurecer su sentido verdadero, de suerte que sobre ridícula sería inútil la pretensión de reemplazarlo por *calología* o *caleotecnia*, voces sabias, es verdad, pero a todas luces impotentes para entrar en lucha con el uso universalísimo de la palabra *estética*.

Como se ve no es muy mollar que se diga esto de limpiar el idioma de términos bárbaros que han derramado su veneno como una desolación sobre los hurtos castellanos, hacer nobles los neologismos y saber hasta dónde sea discreto el uso de provincialismos y de palabras directamente tomadas de las lenguas sabias y acomodadas al genio de la nuestra. Para eso será muy conveniente, no sólo que los maestros estudien con asiduidad el diccionario de la Academia y las *Apuntaciones Críticas* y obras similares, sino también que en las escuelas normales se les enseñe, ya que no latín, al menos las raíces latinas que trae la Gramática de Isaza, a fin de que puedan ser verdaderos profesores de castellano, que no se dejen alucinar por las novedades y sepan distinguir el término clásico que sabiamente introdujeron Fray Luis de León y el mismo Herrera, del que usaron Góngora, *Fray Gerundio* y sus discípulos; la palabra de campanillas que usa Guillermo Valencia con medida, de las que forman algunos novatos por ansia de originalidad.

JULIO CÉSAR GARCÍA
De la Facultad de Filosofía y Letras.